



Bajo el estigma

En una sociedad con tanta abundancia de *medias*, la dignidad cultural no debería permitir el uso de las exposiciones en vano. Como todo *media*, la exposición se justifica cuando realmente es el mejor medio para expresar lo que se quiere decir. Si no, es pura banalización y no hace otra cosa que aumentar el ruido de la cultura, convertida en carne de consumo. Últimamente, el CCCB ha programado una serie de exposiciones con una idea central: buscar la perspectiva de la Otredad, invertir la mirada, apelar a aquel punto de vista que representaba al excluido, al indigno o al menospreciado. En «Fantasías del harén» recuperábamos la mirada de la mujer sobre una institución que Occidente había banalizado desde una visión tan sexista como simplista para hacer emerger la fuerza de un poder distinto, el de Sherezade. En «Cultura basura» descendíamos a los bajos fondos de la producción de un imaginario rechazado por la corrección política y cultural para explicar que desde esa perspectiva también se ayuda a ver y comprender el mundo. «El salvaje europeo» invierte la mirada sobre una cultura –la occidental– que a menudo ha visto la incivildad en el ojo ajeno pero no ha sido capaz de ver la barbarie en el propio.

La exposición parte de los trabajos de Roger Bartra, antropólogo mexicano de familia catalana. Él exploró, con mirada de forastero, la invención de la figura del salvaje en la cultura europea. Después se incorporó Pilar Pedraza, que ha trabajado estas figuras de la Otredad, de la marginación y de la locura, cuya palabra es rechazada como no codificada en el imaginario contemporáneo. Entre ambos se ha establecido una relación dialéctica, si se me permite decirlo con una categoría hoy muy devaluada, cuya plasmación es esta exposición. Un hombre mexicano de raíces catalanas –es decir, formado cerca de las tradiciones que los europeos despreciaban o señalaban como bárbaras–, una mujer toledana –sabedora de los estigmas con que los europeos marcaban a determinadas mujeres portadoras de toda clase de peligros–.

De ese imaginario, que atraviesa la cultura europea desde la época medieval hasta ahora, se ha elaborado la exposición, instalada en el territorio misterioso de los sótanos de un antiguo hospicio: lugar de exclusión, lugar de asignación de incontrolados, de sospechosos, de peligrosos, de gente marcada por el estigma de un nacimiento en la oscuridad.

Los civilizados europeos miran hacia otro lado cada vez que pasan junto a un salvaje. No quieren aceptar que aún los hay en este mundo tan limpio y aséptico en sus escaparates, tan duro y cruel de puertas adentro. Ni que, como siempre, ese salvaje ha sido una invención, una exclusión, una condena de la misma civilización, cuyos orgullosos ciudadanos fingen que no le ven o que no le entienden. Si en el pasado el salvaje era alejado, olvidado en la inmensidad del bosque, ahora es un ser cada vez más invisible que deambula por las calles y plazas de la ciudad. Sólo de vez en cuando logra hacer oír su voz, su presencia en la sociedad que le excluye. A menudo cuando la muerte y un exceso del poder lo convierten en inesperado espectáculo. Al contemplar a los hombres salvajes que aran en un tapiz medieval podemos comprender algunas cosas que hoy suceden en nuestros campos de frutales o en nuestras calles: los procedimientos de producción permanente de gente estigmatizada en los bordes de la civilización. Parece que vayamos por la calle con los ojos cerrados. En realidad, lo que sucede es que no hay peor ciego que el que no quiere ver.